
PRIMER AÑO DE CIRCULACIÓN 2020 - 2021
Aniversario
NEFIERA
LA RACIÓN


LARACIÓN



EDITORIAL

Hoy celebramos nuestro aniversario. Un año de circulación ejercitando la crítica, resistiendo, haciendo activismo e investigando. Buscando la ruta de la afinidad comunitaria, ideológica y artística para generar un impulso contracultural, colaborativo y auto gestionado. Incluyendo este número, hemos publicado 34 textos y 108 propuestas gráficas y 1 video; han participado 157 colaboradores para un total de 310 páginas, divididas en 9 números. También se cumple 1 año de proyectar cifras macabras sobre fachadas, mientras seguimos encerrados en este laberinto.

En medio de tantos problemas, creemos firmemente que por medio de la colaboración y la producción cultural le seguiremos dando voz a la comunidad que hace de la calle un lugar de encuentro lleno de propuestas vibrantes. Con muchas ganas nos seguiremos manifestando ante tanta injusticia social y cultural. Esperamos seguir con este ejercicio dinamizador y creativo, aunque nos sobrecoja el dolor de patria o padezcamos un virus eterno que debemos erradicar.

Choneto y Diablo

ÍNDICE



2 de mayo de 2021
Medellín, Colombia.
Equipo de trabajo
Juan David Quintero
@juandavidquinteroarbelaez
Luis Miguel Villada
@tomchoneto
Pablo Melguizo
@cuchoneto
@loschoneto

laracioncolombia@gmail.com
Instagram: @la_racion_col
Facebook: @la_racion_col

Portada y contraportada
La Ración de los diablos
Por @nefasta.666

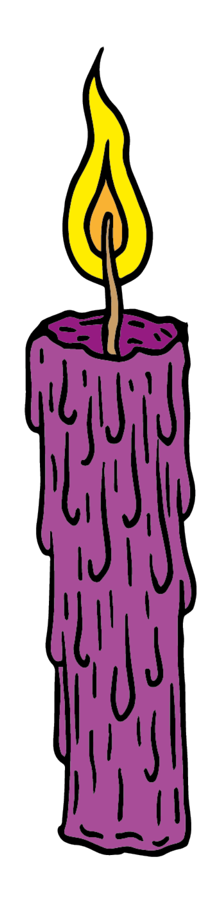

ESTA
FIESTA
APENAS
COMIENZA



Texto por: Guillermo Vanegas
@guillermovanegasflores @reemplaz0

Han pasado 365 días

después de que volviera a comenzar el siglo XXI. Esta vez no en forma de trauma estadounidense universalizado por noticia en directo, sino de reclusión necesaria para evitar la muerte por contagio. ¿Las manifestaciones de esta nueva y sabrosísima época? Crisis a (más) largo plazo —las economías de lodazales de sangre como Colombia no cesarán de caer hasta dentro de una o dos décadas—; explosiones emocionales en redes —amigos cercanos destruyéndose entre sí por detalles nimios (derivados de activismos mal comprendidos)—; el concepto de «reinvención» —para quienes tuvieron el dinero suficiente de siquiera contemplarlo— como retrato de época; la perecedera confirmación de los argumentos decrecentistas —que sólo duró dos meses de la cuarentena. Un apocalípsis aestético que desilusionó a todo el mundo: «lento, no como en las películas».



En el campo artístico local las reacciones dependieron del lugar de cada quien en la cadena alimenticia:

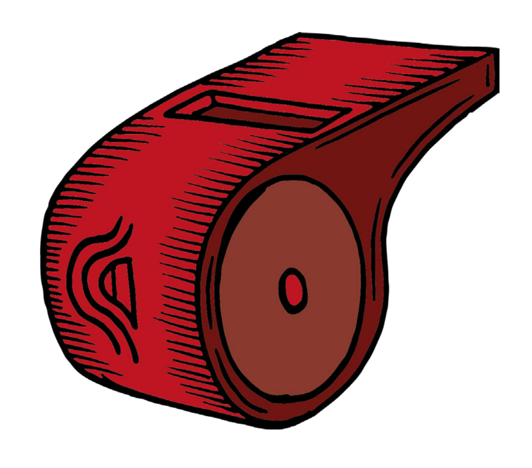
Su clase obrera, carente de vínculo institucional, enfrentó la desaparición de proyectos ya iniciados (no olvidar: en Colombia, el «año artístico» comenzaba en marzo y moría en octubre (básicamente, en Corferias).

Su clase obrera, con contratos que resistieron la reconversión digital (no olvidar: en Colombia aquelles artistxs que no viven del arte —o la herencia—, es decir, el 98%, son profesorxs universitarixs), prolongó su agonía a la espera de que los semestres siguientes continuara el vínculo laboral.

Su clase obrera, en formación (no olvidar: en Colombia se es artista desde primer semestre hasta dos años después de haber egresado (de carrera o maestría), asumió la fatiga de pantalla ad aeternum.

Sin embargo, no todo fue tan uribista —léase, «tan puta mierda»— como parece. La pandemia demostró, de nuevo, que las capas ciudadanas son las únicas constituyentes de los Estados nacionales. En este caso, dentro del gremio artístico apareció un inédito, o mejor, un largamente adormecido espíritu de movilización, reacción y acompañamiento mutuo. Un fenómeno extraño, demasiado extraño para quienes habían crecido al son de la letanía bazuquera del Boom del mercado. Valga decir, en la mañana del 15 de marzo de 2020, cualquier expectativa de obtener reconocimiento y/o denarios vía galería de arte se fue al uribismo —léase «a la gran putísima mierda»: los artistas jóvenes despertaron más desconocidos (y pobres); los viejos, más resentidos y cínicos (y pobres). Empero, todos levantaron cabeza siendo un poco más conscientes de que su supervivencia inicial habría de depender de sus lazos sociales inmediatos. Que ellxs y sólo ellxs podrían darle un vuelco a lo que les corría pierna arriba: otra reforma tributaria.

De hecho, lo mejor que ha arrojado esta crisis fue el hecho de que más allá del desespero de todo el mundo por virtualizarse a la maldita sea, el eslabón más débil del sector —la ya mencionada clase obrera artística—, comenzó a mensurar cuidadosamente el oscuro panorama que tenía al frente para saber en qué material forjar las luces con las cuales iba a iluminarse —y así saber desde dónde (mejor dicho, desde qué oficina del Ministerio de Cultura) le atacaban.

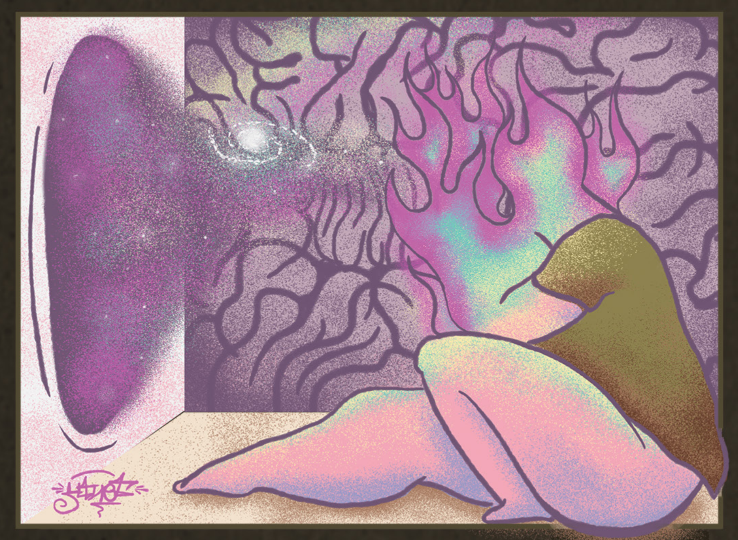
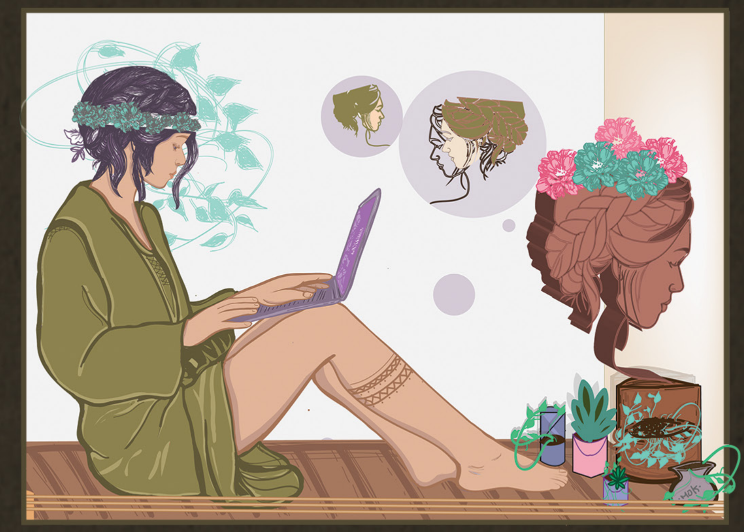
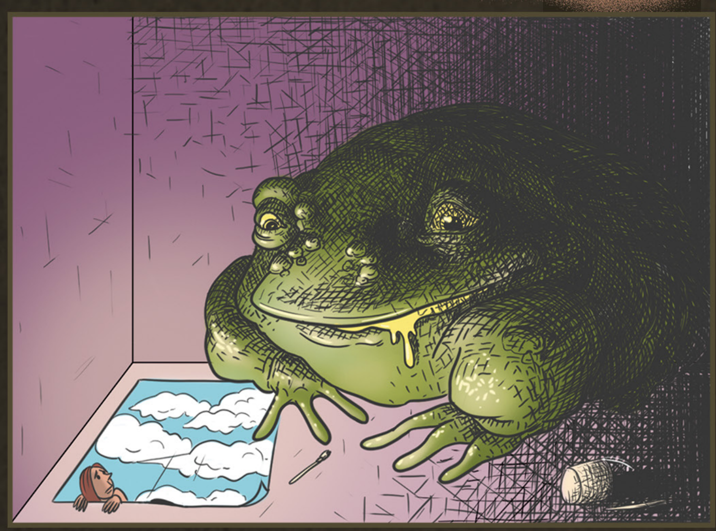


Artistas —Fernando Pertuz y su Banco de alimentos—, distribuyendo comida entre colegas más pobres. Artistas —Ada León, Angélica Teuta, Gabriel Zea y su APP—, agremiándose para recuperar el control de su propio trabajo. Artistas —Felipe Lozano—, peticionando al Ministerio de Cultura por alterar a la tapada las fechas de sus convocatorias. Artistas —Jorge Sarmiento— reclamándole al Estado el uso del espacio público. Artistas —que prefieren no ver publicado su nombre—, presionando a sus galeristas para que ¡por fin! vendieran algo (y les dieran el porcentaje correspondiente en vida).

Por supuesto, este balance es absolutamente incompleto —léase: redactado por rolo encerrado en burbuja capitalina. Pero no por ello impide señalar que durante unos pocos meses de 2020 se evidenció un campo artístico infinitamente mejor que el que demostraba cualquier perfilamiento marketinero pre-pandemia. En breve, qué delicia comprobar que cuando empezó de nuevo el siglo XXI, lxs artistxs colombianxs no eran tan aburridos (como le gusta a ArtBo), ni tan arrodillados (como le encanta a ArtBo), ni tan expertxs-en-trabajar-gratis (como lo adora ArtBo). ✸








Texto por Diana Carolina Banquez Rodríguez @the_rebelcheforg

Escribo desde Cartagena

y espero que esta lectura sea casi un diálogo. En el Caribe también vamos camino a la deshumanización y haciendo tránsito por la incertidumbre nos empezamos a reinventar fórmulas para la nueva normalidad que se instaló sin pedir permiso y, a la par, también fuimos descubriendo lo insólito: esas fórmulas ya existían y nos hemos pasado la vida reintentando hasta lo imposible, no fuimos inspiración para García Márquez de gratis; de alguna u otra manera ya existía la convivencia con las emociones que se acrecentaron durante el 2020.

Reinventar se volvió el verbo odioso de moda en todas las latitudes y el Caribe colombiano no fue excepción. Sobrellevamos un tiempo absolutamente complejo en medio del no saber y de frente a un Estado que faltó a las palabras de la misma Constitución y se olvidó de protegernos. Cuando no nos mata, nos enferma (6402… que no se le olvide).

El panorama sociopolítico y económico nos ofrece un horizonte obtuso y las brechas sembradas por una pandemia mundial no dan tregua en el Caribe; sin duda, los hechos reflejan la pérdida de lo poco que nos queda de humanidad y, contrario a lo que promueve la corriente de “positividad” repartida en redes sociales, son pocas las opciones de retorno. La esperanza se fija entonces en la protesta y revolución pacífica que despierte conciencia.

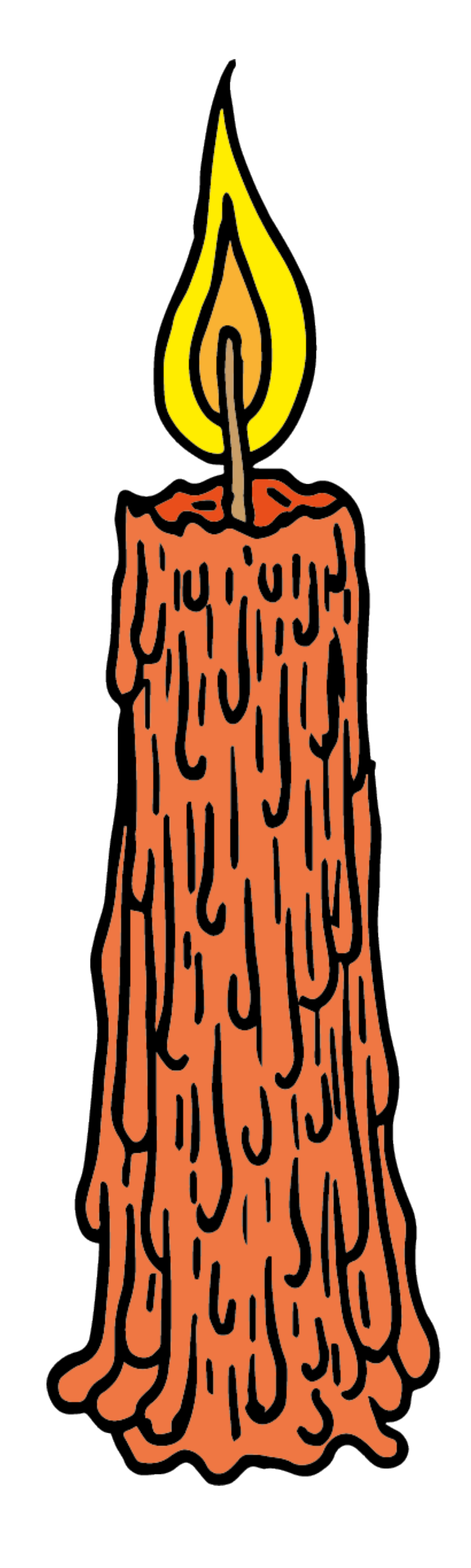
Haciendo un poco de memoria… ya llegado el final del 2020 sonaba aquella estrofa -yo no olvido el año viejo porque me ha dejao’ cosas muy buenas- justo en ese momento de la memorable pieza de Crescencio Salcedo en mi cabeza retumbaba el sracth de un DJ y la escena se me desdibuja… empezaba a recordar el nefasto año de pandemia sentada en un sofá y consecuente con eso comenzaba a elaborar un balance personal sobre lo que quedó de la humanidad costeña.

Durante el 2020 el Caribe colombiano enfrentó los efectos de políticas centralistas que siguen limitando y priorizando el quehacer cultural, tiñendo de naranja el panorama para finalmente entorpecer el universo creativo inherente a los artistas que vivimos con el mar Caribe de vecino. Fue un año duro para los artistas locales, para los museos y centros culturales, fue una pesadilla para las redes de bibliotecas y el 2021 sigue dando material para entender que de esta salimos organizados a nivel comunitario porque no hay de otra. Pertenecemos a territorios con un pasado lleno de ilegalidades que sigue sirviendo de excusa para generar el mismo caos.

En hechos puntuales, la pandemia del Covid-19 se llevó por delante estructuras sociales ya de por sí endebles; a la falta de políticas públicas efectivas y entidades robustas para la mitigación del riesgo por contagios, se sumaron la falta de recursos para la sostenibilidad de ciudades con altos índices de marginalidad y pobreza (Cartagena, Santa Marta, Valledupar, Rioacha) y, no contentos con esto, los cartageneros y la costa en general sufrimos las consecuencias de un sistema de salud lleno de inconsistencias provenientes claramente de la desgracia infinita que sigue representando la Ley 100.

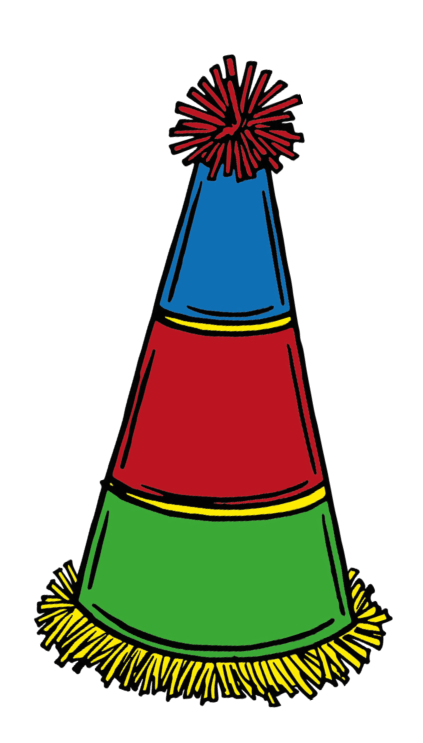
La atención “básica” de necesidades pasa porque nos consideran seres básicos… y eso no solo está mal, es triste e indigno. Finalmente, las necesidades nunca son básicas y aumentaron en pandemia, por lo tanto, pasaron a tener el rótulo de vitales pero siguen siendo atendidas desde la mediocridad de un Estado ahora naranja (#rentabasicaya).

Sí, logramos sobrevivir, pero ¿a qué costo? Sencillamente, enfrentando una realidad incoherente, cruda y casi surreal pero, además, asumiendo los estragos de un pasado político corrupto que, lejos de apartarse a un lado y dejarnos construir ciudad, parece afincarse sin compasión dejando sin horizonte a comunidades presas de su propia marginalidad.



Reinventarnos no ha sido suficiente.

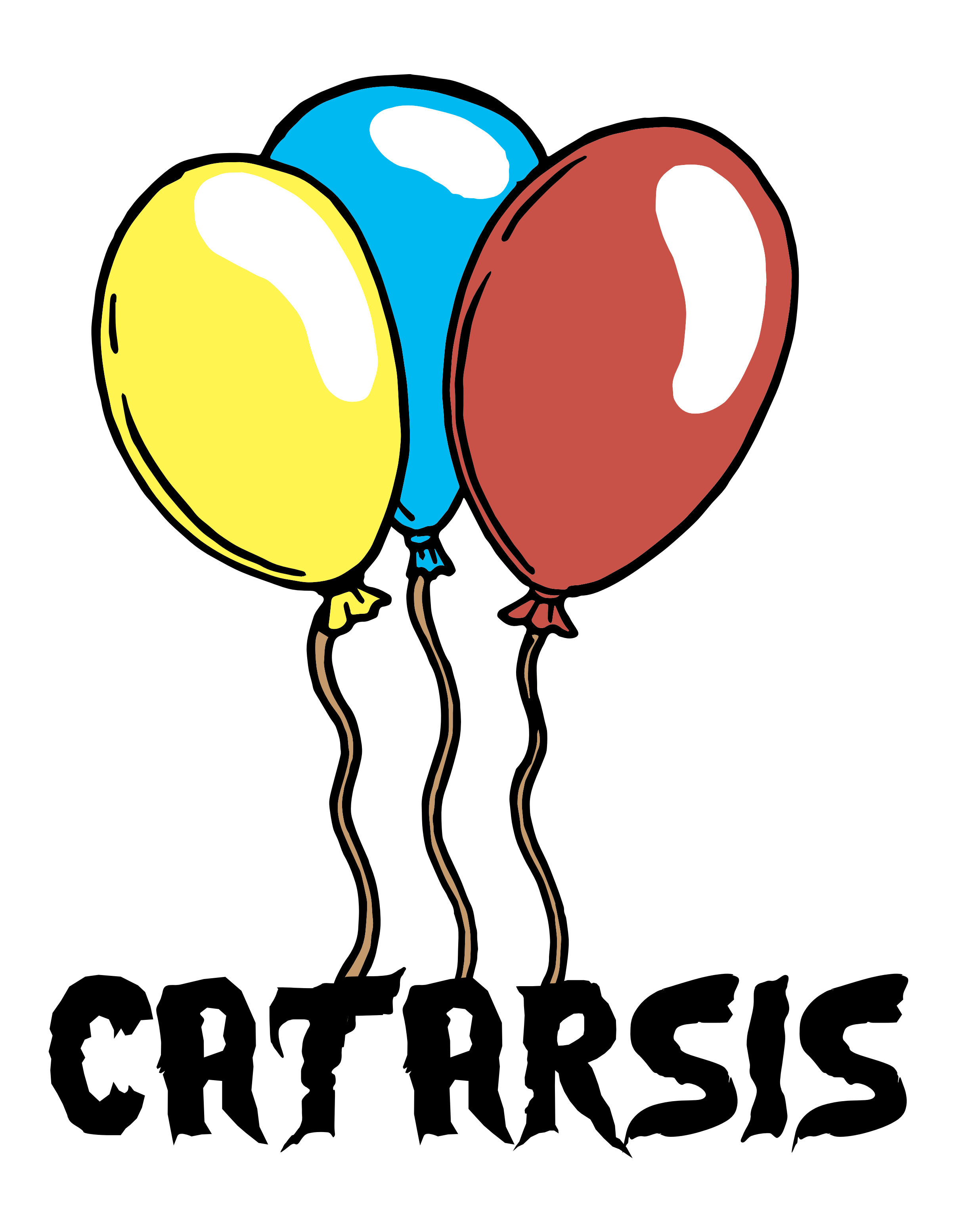
Cartagena no se reactiva, solo se reapertura sin control efectivo y priorizando en salvavidas al turismo y luego al ciudadano. La ciudad solo reabrió inventando modelos que promueven nuevas deudas con el sistema más mezquino de todos: los bancos. En el centro histórico de la ciudad se llegó a prohibir la presencia de los artistas urbanos y artesanos; sin embargo, sí se permitían las fiestas privadas de hasta 100 personas. Una incoherencia tras otra que hace innegable las consecuencias económicas y sociales. El 2020 casi terminaba y no contentos con un virus que no para de dar vueltas y que normaliza taparnos el rostro, tuvimos que soportar los embates del cambio climático y, la variabilidad en nuestros ecosistemas, empezando por los de manglar que en nuestra área son los encargados de ayudar a oxigenar cuerpos de agua y controlar los efectos de las tormentas… nos llegó un huracán, IOTA fue la cereza del pastel, tanto así que a la fecha de hoy nuestros hermanos raizales en Providencia siguen esperando que reconstruyan sus casas, el huracán pasó el 13 de noviembre por suelo costeño llevándose todo lo que pudo a su paso, incluidas algunas esperanzas de cambio. Con el agua a la rodilla, lanzamos voces pidiendo hablar sobre cambio climático y la posibilidad de declarar a nuestra Ciénaga de la Virgen, sujeto de derecho. Seguimos esperando que se haga visible uno de los mayores problemas ambientales en Colombia: La bahía de Cartagena y sus ciénagas aledañas. El “desarrollo de la industria” y la tala de manglar nos han pasado la cuenta de cobro.



Sin duda, el 2020 fue el año de las reflexiones para esta autora; escribiendo, encuentro las razones que no son mías y me permito un ejercicio de observación casi psicoanalítico del ser humano. En este caso, los costeños aplicamos el principio de la resiliencia, ese potencial que viene de la física y se traduce perfectamente en la psicología del ser cuando encontramos el mecanismo interno para recuperar nuestra forma, y creo que por ahí vamos los costeños lentamente, intentando recuperar y despertando políticamente.

Al día de hoy, en Cartagena enfrentamos temas como la movilidad y la inminente parálisis del sistema de transporte masivo TRANSCARIBE, problemas con las concesiones viales y los peajes internos, la instalación de distritos creativos (ADN Áreas de Desarrollo Naranja) y un sistema donde impera la autocracia; pero tranquilos... todo parece mejorar: el alcalde ya tiene TIK TOK. ✸



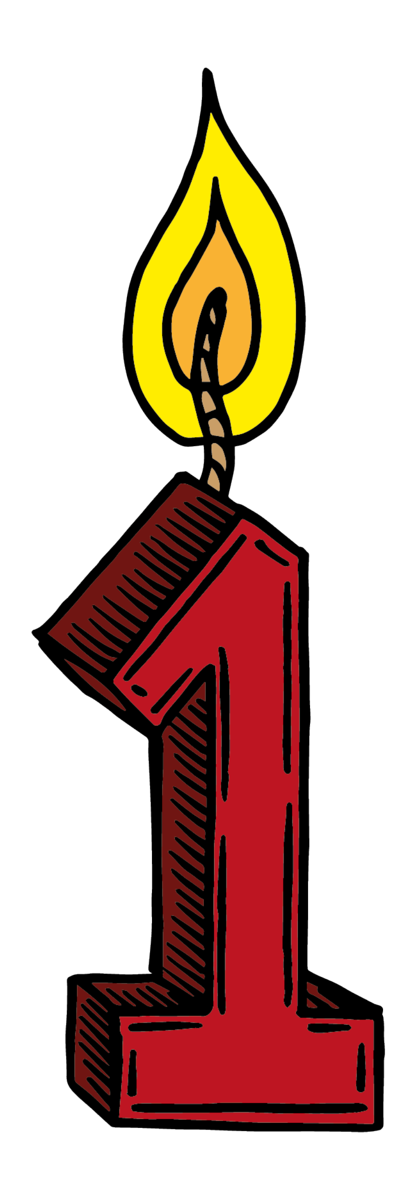


Texto por Andrea Puentes
@andreamarpu

Llega marzo de 2020

y anuncian cuarentena estricta, nada que hacer, todo se convierte en un caos de salud pública.

¿Qué pasará? ¿volveré a la oficina? ¿será que pasará en unos meses? ¿ese virus es real? ¿otra jugadita del uribismo?



Pasan los días y todo se convierte en pura y mera incertidumbre, duda. La vecina de los aguacates angustiada, el migrante sin rumbo, la madre soltera más sola que nunca, el abuelo por la ventana con mirada nostálgica, las calles solas, tristes y oscuras. Anuncian cierre total por dos semanas y los comentarios abundan: "Esta es una cortina de humo". "China nos mandó a matar". "Los noticieros están escondiendo jugaditas", pero el hambre cada vez se asoma, y el teletrabajo se convierte en la herramienta del capitalismo para ponerle tonos claros a la explotación laboral.

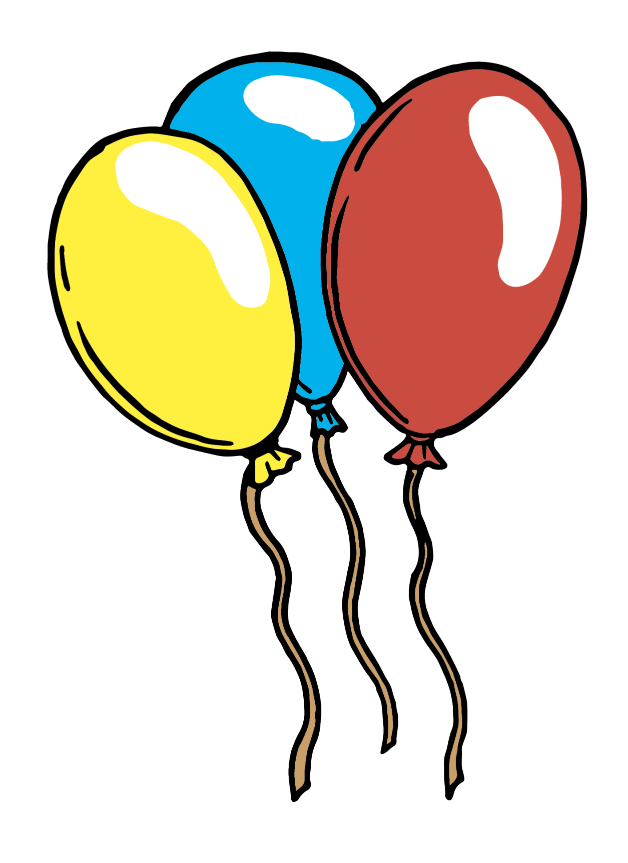
Abril y nada que hacer, esto se está saliendo de control. Vecinos sin qué comer, pero nadie sabe, banderas rojas que no necesitan explicación, todo está muy caro, diría Antonio. Filas grandísimas rodeando a cadenas de supermercados y chistes xenófobos al aire: "nos convertimos en Venezuela". Noticias del mediodía: Venezuela quiere donar dos máquinas de ventilación a Colombia, "¡Ni por las chiras! Chavistas de mierda". Así va la cosa, un caos.

Pasan los meses y se normaliza la pobreza (aún más), el hambre abunda, nadie tiene razón de nada, el teletrabajo me está explotando. Jamás tuve esperanza de que todo iba a mejorar, vivimos en un Estado donde la vida no es priorizada y la salud se convierte en negocio. Me llama Catalina a contarme que tiene Covid-19, me quedo pensando con susto, temor… ¿Estás bien? ¡Solo tengo tos!, y me llena de miedo empezar a escuchar que se va muriendo la gente, ¿pasará en mi familia, amigos, pareja?

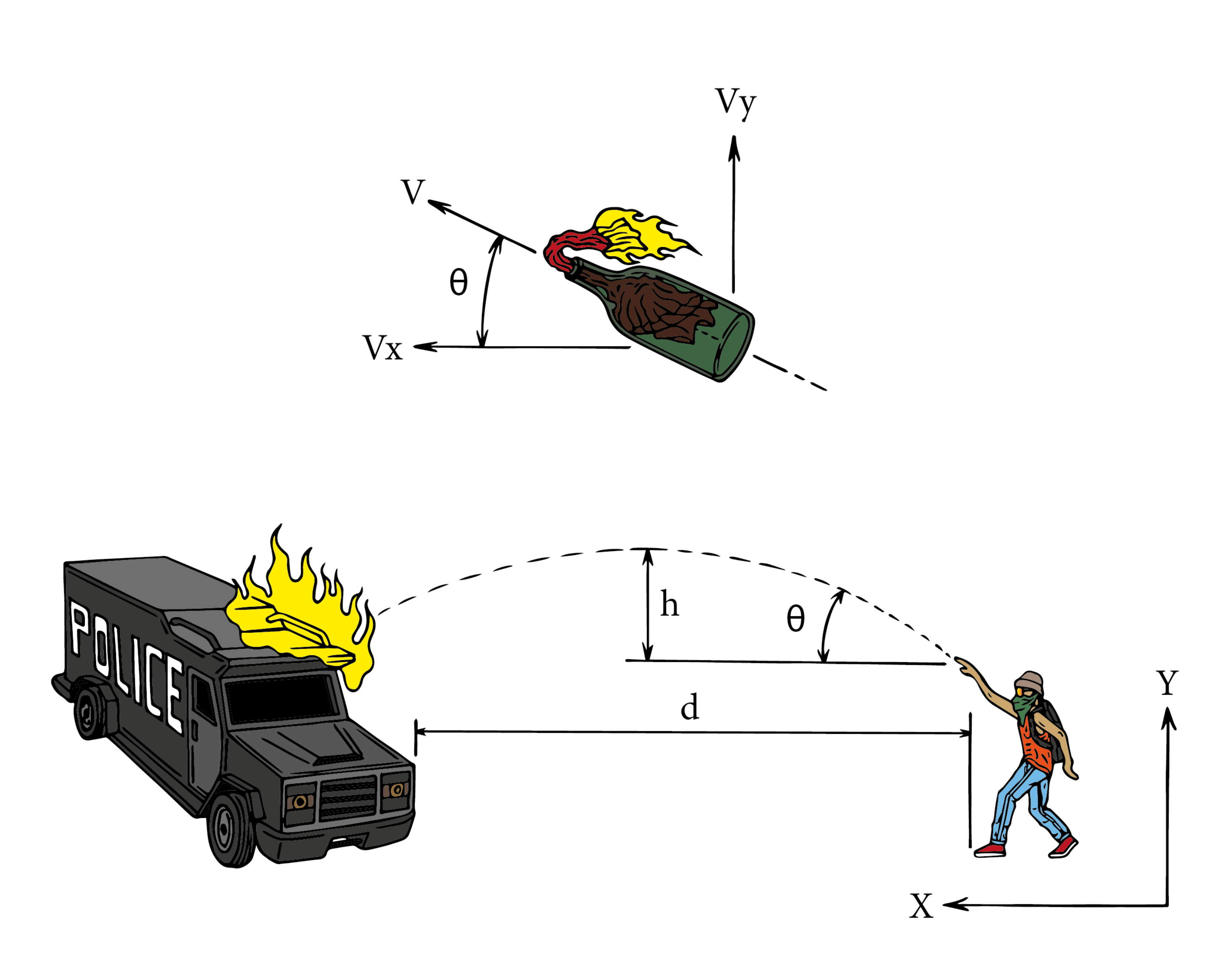
Leo un par de libros, organizo mi casa, llamo a mis padres por video llamada, compro un par de cervezas para no perder la costumbre de afuera. Todo vuelve a la normalidad, pero con tapabocas, Duque se inventa un programa de televisión, Claudia López no garantiza renta básica, nuevamente caos, siempre. Paso por avenidas con mi cámara, registro un par de momentos pero nada es suficiente, la gente se está muriendo de hambre, tristeza, cansancio y dolor. Me pregunto por qué es tan difícil vivir en Colombia, un país sumido en la guerra y la desesperanza. Cae una pandemia y nadie hace nada, el dinero se lo llevan para las armas, y un programa de tv nefasto y millonario. Nada está bien, todo está mal.

Prendo la radio y anuncian más feminicidios que nunca, claro, las mujeres viviendo con sus agresores, pero nadie hace nada. Nos mantenemos entre nosotras mismas, desde la juntanza, la rebeldía y el amor. Daniela con Covid, Rocío ni se diga, Laura vuelta mierda, y mi vecina sin plata para una libra de arroz. La gente sale de sus viviendas a exigir comida y respeto por la vida. Policía acecha, bombas aturdidoras que no llenan el estómago, pero alimentan la rabia, la justa rabia. Pero, ellas, ahí de frente defendiendo la dignidad de un pueblo cansado, cansado de un gobierno inepto.

Octubre, Alejandra muere, el Covid se la lleva. Diciembre, Santiago se quita la vida, se me va un pedacito de vida. ✸



**Escribir esto se convirtió en una catarsis, de expresar mi sentir, más allá de lo obvio, de lo que ya sabemos, de la inutilidad de quienes se hacen llamar nuestros gobernantes y todo eso que, a su vez, nos reúne para seguir creando, transformando, conspirando y organizando. La pandemia ha dejado esa lección de que solo el pueblo salva al pueblo y que bueno que lo hagamos a través de estas formas, de estas narrativas cargadas de resistencia y constancia.*



Vy
V
θ
Vx
POLICE
h
θ
d
Y
X



Texto por @rrrula_
Universo Piraña por @antro.pofaga
@piranascrew
piranascrew.com

Las mujeres asistimos

a un tiempo de revolución y retos; una lucha permanente a la que nos vemos convocadas porque, increíblemente, siguen vigentes las condiciones inviables a las que nuestras vidas son expuestas a diario. Cada una florece desde su quehacer a pesar de la siempre presente maleza: las 140 mujeres que en promedio desaparecen cada mes en Colombia*; o los 630 feminicidios en el año 2020; o los 106* feminicidios que se registran en este páis hasta abril de 2021.

A la maleza nada la para. La maleza lo sabe. La maleza nos acaba incluso en casa (para quienes habitamos una, que ya es mucho decir).

A un año del encierro, invitan a esta colectiva a conversar sobre la laborabilidad de las mujeres en la cultura, en el marco de una iniciativa que busca mantener diálogos y "encuentros", no ya presenciales, más sí vigentes a través de transmisiones en vivo de YouTube, por ejemplo.

A un año de la pandemia reflexionamos sobre lo que nos ha permitido continuar a pesar de la fragilidad del alma con cada nueva cifra de mujeres violentadas y la fuerza que emerge en nuestra obstinación por resistir y continuar. Obstinación que durante 2020 nos permitió crear la Tienda Pirañas, el blog Fieras Peligrosas, nuestra podcast, un documental, una serie de autorretratos en la que nos re-interpretamos como sirenas, una serie de 'En vivos' con artistas mujeres a nivel continental y pintar media Colombia en 15 días, como dijo Ámbar.



*Fuente: INMLCF / Enero a septiembre de 2020.

* Fuente: Observatorio de feminicidios de Colombia de la Red Feminista Antimilitarista

Nuestra colectiva está compuesta por ocho mujeres profesionales, que desde diversas disciplinas encontramos en el arte urbano un medio para reflexionar desde una perspectiva de género y feminista sobre las implicaciones de ser mujeres en el espacio público, encontrarnos con las experiencias de otras mujeres y, fundamentalmente, vivir dignamente de nuestro arte.

Ciertamente, en marzo de 2020 la pandemia del COVID19 nos impidió seguir reflexionando en el espacio público para trasladar estas reflexiones y prácticas al ámbito doméstico. Así, dos meses después de que se decretara el confinamiento obligatorio y urgidas por rayar los muros, diez artistas convocadas por Pirañas Crew realizaron murales en casa. Del proyecto 'Nosotras, nuestra casa' surge un documental y un podcast, ambos productos de cariz intimista y cómplice, en los que se narra la negociación por el espacio privado y las prácticas individuales en la obligatoriedad del encierro a causa, ya saben, del covid.



Tras el pasar de los meses, las juntanzas continuaron intactas cada miércoles (como es usual en la colectiva desde 2018) y de las ideas, nació la Tienda Pirañas, una iniciativa que busca contribuir a la erradicación de la feminización de la pobreza en la ciudad de Medellín, a través de la creación de un circuito feminista de economía solidaria para la creación de indumentaria para mujeres muralistas, y que además es una plataforma virtual de ventas que visibiliza y fortalece alianzas con emprendimientos de mujeres y obras de otras artistas mujeres como Gafasorios, Karen Lu, JefaArt, entre otras. para ver más @tiendapiranas.

Mientras esto sucedía, la Red Nacional de Mujeres nos contactaba para participar de una campaña de prevención de las violencias contra las mujeres. Se trató de la realización de murales idénticos replicados en doce municipios de los departamentos de Chocó, Putumayo, Córdoba, Nariño, Cauca y Antioquia, y que fueron realizados por amigas y colegas: mujeres artistas, muralistas, graffiteras habitantes de los territorios a intervenir. Este ha sido uno de los trabajos más satisfactorios y retadores para la colectiva hasta ahora y fue sacado adelante a punta de equipo, confianza absoluta en el trabajo mutuo, una metodología clara y amor por lo que hacemos.

El evento al que nos invitaron a conversar fue justamente el FRACMMA el Foro de resistencias, arte, ciudad, mujeres, música y amor. Amor. 'El amor al arte', dijimos en el foro, instaló en el imaginario colectivo la idea infortunada de las implicaciones a menudo asociadas a una lucha constante para quienes decidimos vivir del arte. Las mujeres de esta colectiva consideramos que no tendría que ser así, además consideramos necesario (y exigimos) que las y los artistas, creadorxs y gestorxs tengamos acceso a oportunidades laborales, salarios dignos y formación profesional con miras al desarrollo de áreas creativas y económicas motores de la industria cultural de este 'país', difuminada tristemente en cortinas de humo… naranja.

Por amor al arte y conscientes de estas faltas, nos unimos en sororidad para dignificar nuestro quehacer, expandirlo a donde estemos, ampliar la red y el movimiento feminista que, dicho sea de paso, contará siempre con nuestra militancia. Con la resistencia de ser mujeres y habitar/ crear en esferas históricamente dominadas por hombres y lógicas machistas; con la resistencia de feminizar los espacios llenándolos de color; en el trabajo con comunidades cada vez más alejadas; en la expansión de nuestra apuesta desde el amor, la unión, el arte y la magia.



Con el sueño de ver a una mujer feminista y presidenta en 2022, a ver si algo cambia en este 'país' y nos dejan de matar, como a Juana Perea, por defender el puerto de Tribugá o a Sofía Henao Giraldo, por el simple hecho de que su padre decidió asesinarla y a la fecha no ha sido judicializado... O a ver si nos dejan de violar militares, como a las niñas indígenas, o nos dejan de violar en CAI… O la opinión pública deja de llorar paredes y monumentos y empieza a ser veedora del respeto de los derechos humanos de las mujeres, de lxs niñxs, de la población diversa, de los líderes y lideresas que a diario pierden la batalla que significa estar vivxs en Colombia y defender lo obvio.

La lista, larga y agotadora, es combustible del grito, el arte y la revolución. En Pirañas Crew optamos por ubicarnos en el círculo cromático, elegir los colores con los que pintar la propia vida y hacerla una obra de arte. A pesar de todo.


Graffiti
PROTECCIÓN
SPRAY®
2020
LA REVOLUCIÓN







Foto por @alexarochi__

EN LEGÍTIMA DEFENSA

la necesidad de fotografiar la protesta

Texto por Andrés Quintero @handresquintero
y Mar Rodríguez @cooler.thanme__
@bogotart

En los oscuros lugares de internet

–y por oscuros nos referimos a comentarios en Facebook en artículos sobre protesta social, hilos en Twitter que apoyan la idea de un "protestódromo" y videos del Centro Democrático– existe una delgada línea entre ser un protestante y ser parte de una milicia urbana guerrillera.

Esta fachada guerrillera ha permitido que la protesta se vuelva, tanto en la respuesta institucional como en las conversaciones de mesa de almuerzo dominguero, un problema de orden público y no un ejercicio para exigir que se respeten nuestros derechos. Y es que utilizar una fachada guerrillera en un país que duró en conflicto más de 50 años es simplemente macabro. Es la forma más fácil de deslegitimar para no tener que responder a las demandas de la gente.

A esta deslegitimación de la protesta se han venido sumando los medios masivos, que con ánimos de subir puntos de rating y siendo lo más alejados de un contrapoder hacia el establecimiento, se acostumbraron a mostrar indignados rayones en la pared, vidrios rotos y personas encapuchadas como "vándalos".

Mientras tanto, y lejos de doblegarse ante la opinión pública, el movimiento estudiantil ha tenido un despertar masivo en los últimos años, con una implosión tremenda a la que se sumó el resto de la ciudadanía en 2019.

El despertar en las calles, además, ha ido acompañado de una petición constante por tener un país del que no nos avergoncemos y, sin estos fotógrafxs, la deslegitimación de la protesta sería la única opción real para todo aquellos que no tienen la oportunidad de salir a las calles. Estos han demostrado estar despiertos y ante todo 'parados' para seguir el movimiento social en sus entrañas, ya sea desde las montañas del Cauca acompañando a la Minga o chupando gas lacrimógeno en las calles.

Este despertar masivo ha sido reportado de una manera democrática y plural por fotógrafxs y videógrafxs alejados de los medios tradicionales. Han sido ellxs los que han contribuido a la construcción de memoria alrededor de estos momentos de efervescencia que el país no recordaba por estar adormilado con noticieros, reinados y partidos de fútbol. Es gracias a estas personas que ahora podemos tener un recuento certero para la posteridad de este país agotado de la suerte que le tocó.

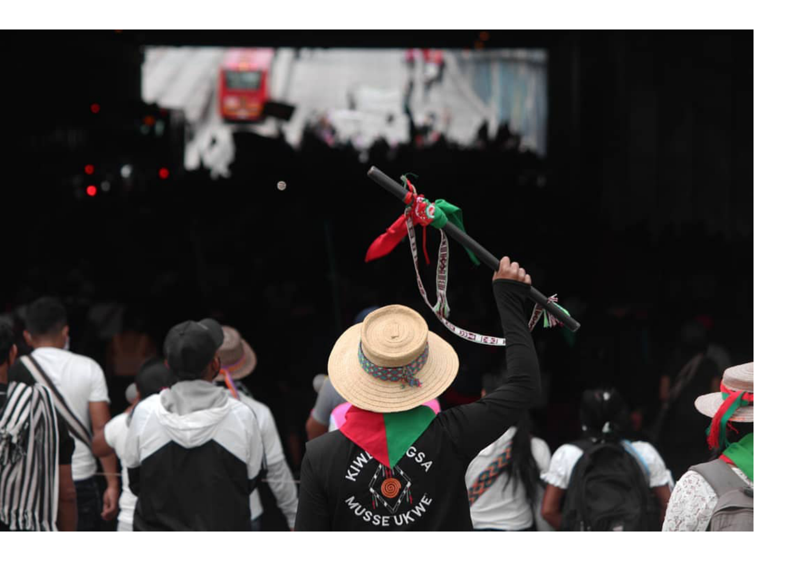




Foto por @cosasquenotienenestetica


Foto por @juancamilorubianom

Cuando las protestas del 2019 estaban en su punto más alto y la conversación de "vandalismo o protesta" o, peor aún, "vandalismo y terrorismo" (así, en la misma estrofa) reinaba en los medio masivos, la pandemia llegó como un deus ex machina para el gobierno Duque y, sin mucho esfuerzo, la conversación empezó a girar en torno al virus, los espacios democráticos se cerraron, la capacidad de organizarse y de artícular demandas fue nula y la posibilidad de manifestarnos físicamente desapareció. Todo esto, mientras veíamos un acto verdaderamente vandálico: el programa diario de televisión del presidente Ivan Duque, Prevención y acción.

La conversación sobre nuestros derechos fundamentales –que son nuestra herramienta para controlar las decisiones del Estado– se cedieron y se pusieron en pausa para lograr la seguridad de una mayoría porque estábamos (estamos) en una emergencia sanitaria. La pandemia se volvió un discurso para justificar la incompetencia de las instituciones y, a falta de protesta social, nuestras necesidades se volvieron imposibles de tramitar. Poco a poco, diversos sectores decidieron volver a salir a las calles pues no estaban dispuestos a doblegarse ante la institución y la forma en la que han acallado a las masas.

Desde que empezó la pandemia, el fotógrafo @juancamilorubianom no ha parado de documentar lo que pasa en las esquinas de Bogotá, desde los desalojos en Altos de la Estancia, Ciudad Bolívar, pasando por los plantones que hicieron colectivas feministas por la violación de una niña Embera por parte del ejército, hasta las manifestaciones que denunciaron las múltiples masacres que han ocurrido en todo el territorio. Además, se toma el tiempo de explicar junto con sus fotos qué está pasando, por qué las personas se están manifestando y cómo está respondiendo el gobierno.

En la misma ciudad, @cosasquenotienenestetica parece tener los ojos en todas partes: donde se prende, ella está; donde asesina el ESMAD, ella vigila; donde los derechos de las mujeres se ven vulnerados, ella registra. No le tiene miedo a decir "aquí violan mujeres" o "solo levanto la bandera de la resistencia".

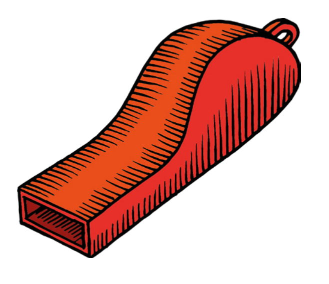





Foto por @diegocuevasph



Foto por @jahfrann

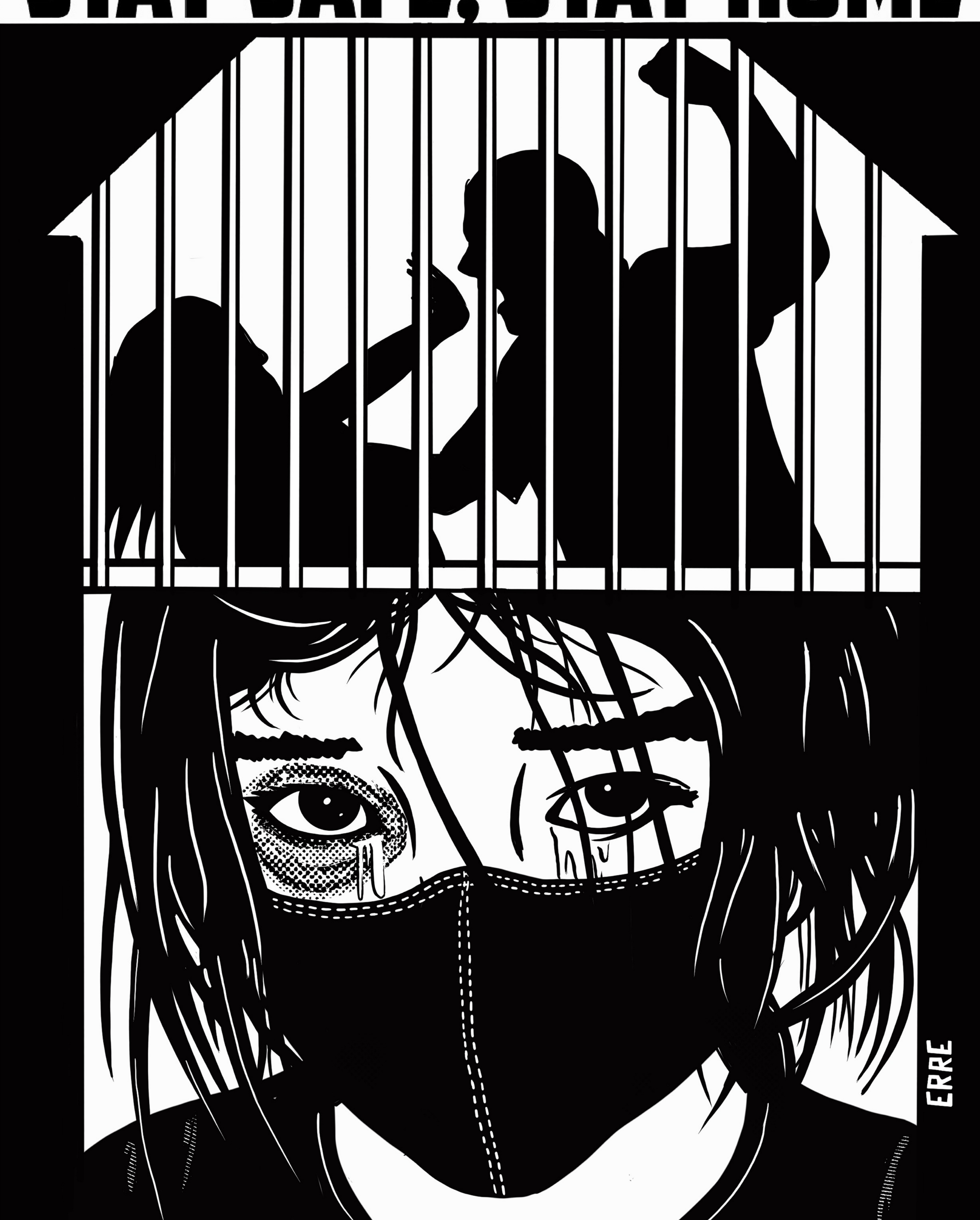
Un poco más al occidente, @jahfrann originario de la ciudad de Cali, nos permite acercarnos a “otras realidades”, tanto en el Valle del Cauca como en los territorios ancestrales de la Minga, en el Cauca mismo. Por su lente también hemos podido percibir cómo se ha activado el movimiento feminista en esta región del país y ser testigos de la dura y violenta realidad de las comunidades negras.

Otra mujer que ha perseguido algunas marchas es @alexarochi__, ex combatiente de las FARC y firmante del Acuerdo de Paz. Aprendió de fotografía en 2012 cuando era enfermera en uno de los frentes de la guerrilla. Actualmente, fotografía la dignidad que tan acostumbrada está a que le quiten por ser fariana. De vez en cuando recuerda con fotos que su segunda familia es fariana, que la vida de los firmantes del Acuerdo importa y que las convulsiones sociales cambian un país.

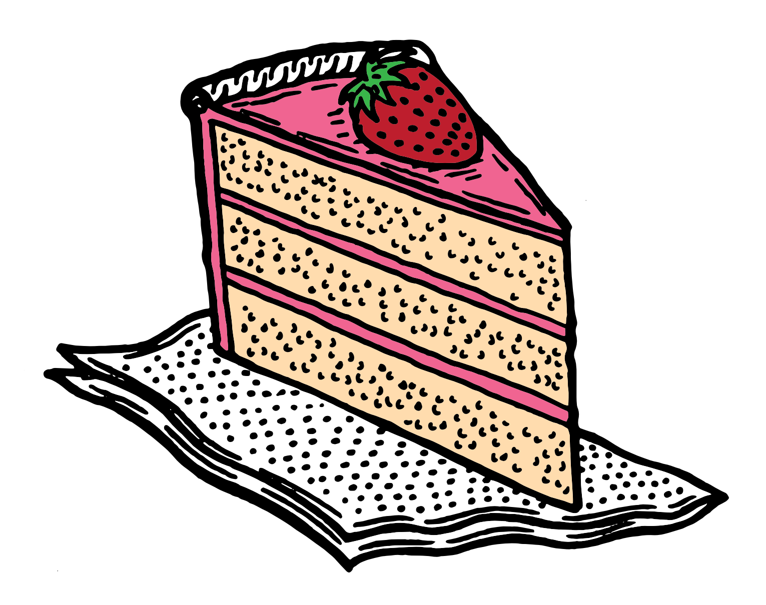
Por las fotos de Diego Cuevas, de El Espectador, hemos conocido a la Minga en lo más profundo de sus territorios y en sus ya simbólicos recorridos hasta la capital del país. También hemos podido conocer un lado objetivo de la protesta en las calles y, aunque en teoría El Espectador hace parte del mainstream de los medios de comunicación colombianos, desde el lente de Diego podemos ver imágenes objetivas y sobre todo históricas, de cara a la memoria del movimiento social. La foto reseñada, además de ser una imagen icónica, también hizo parte de la exposición Que no le falte calle.

A grandes rasgos, el lente de estos fotografxs demuestra que somos una generación con conciencia política y solidaridad social, por eso no cabemos en las experiencias anteriores de protesta social y de mecanismos de representación. La incompetencia institucional que se lleva cocinando por más de 10 años en el mundo, está lejos de ser errores humanos, pues responde a un Estado permeado por la corrupción que hay que seguir denunciando en las calles en colectivo. Este momento de protesta está lejos de ser apolítico y más cercano a no resignarse en el “porque me tocó” y serán los fotografxs quienes darán la estocada final a través de su lente y demostrarán que las implosiones vienen de las masas y el verdadero cambio se gesta desde abajo. ✸

STAY SAFE, STAY HOME



CONFINADO EN CÁMARAS DE ECO Y CONFUSIÓN



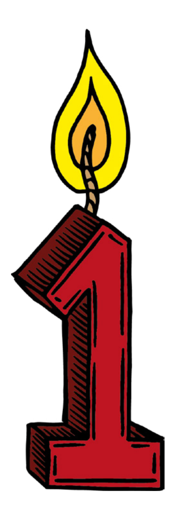
CÁPSIDE DE ANIVERSARIO

Texto por Luis Fernando Medina a.k.a. Luscus

La puerta de metal
del apartamento cierra con un estertor amplificado por la falta de competencia del ruido callejero.

El ritual de malabarista striptisero da inicio: paquetes al suelo y pequeños saltos sucesivos en una sola pata mientras cada prenda retirada hace parte de una encestada certera en la lavadora. El objetivo: coronar el baño ya *veringo* y, con una mano, encender la lavadora, y con la otra, abrir la ducha. El agua, disolvente universal, removerá el bicho ante la posibilidad de que se haya adherido a la ropa o a la piel con la insistencia de chicle sobre pavimento, ese pavimento que ya extrañamos. Afuera, el mundo es una alucinación colectiva que nos tumbó del potro del optimismo tardocapitalista, de la innovación y del voluntarismo, aquel de filtros mentirosos en las pantallas y realidades vergonzosas sepultadas en el centro de datos.

Mirando hacía la ducha como a una cámara inoportuna de edifico público, la lista karaokera fluye a cuentagotas, al ritmo que permite el clásico calentador “Bocherini”. Una canción sobresale y persiste por su triste vigencia: “La cumbia de coronavirus”. Sólo queda tararear su escasa letra en un ejercicio de resignación tragicómica y húmeda.



Sentado en flor de loto frente a una chuspa de basura negra gigante que oficia de manta de protección biológica de alta seguridad, y antimanchas para el piso, procedo a la limpieza de los artículos de mercado con alguna solución mágica. Cada vez llega alguna noticia que recomienda cierta proporción de los ingredientes, cierto ademán con el atomizador, en ese juego de eficiencias líquidas en que se ha convertido aniquilar al bicho. Las cajas se limpian con líneas Bauhaus, acaso brutalistas. Las botellas de cerveza, con esmero. El coliflor, con el vértigo de la complejidad y de la certeza de que es la epítome geométrica un multiverso fractal. La piña, con la firmeza con que hay que encarar lo áspero. De repente, la inhalación de los desinfectantes me conduce a las ensoñaciones y sus usuales epifanías. Repito el gesto automático de limpieza con el trapo empapado cierro los ojos y pienso: ¿y si Dios fuera en verdad una negra gorda como las de la publicidad del límpido? Vino a lavar nuestros pecados con química celestial, a sufrir en una sociedad racista y que la condena a un servicio abyecto, pero también prodiga una sonrisa que redime y cura.

La dulce blasfemia es rota por la realidad que se cuela por la ventana abierta: son los llamados de hambre que se profieren desde las calles. La refutación sonora de que dios existe, incluso si fuera una negra querendona y maternal. Además, si existiera, no haría que la posición de flor de loto me entumeciera las piernas de tal manera que me es imposible bajar a la calle para regalar un bocado.

Es el teatro del absurdo desatado por una molécula de ARN envuelta en una proteína y que se regó por todo el mundo como un polvorín alimentado por flujos incesantes de mercancías y personas. Ya habíamos sido advertidos varias veces, con virus similares que nos parecían tan exóticos como las vasijas de la dinastía Ming y tan ajenos a nuestra realidad. ¡Pobres gûevones, eso les pasa por echar al firulais a la paila! era seguramente un pensamiento furtivo y complaciente. Con secreta satisfacción contemplábamos la desgracia lejana. Orgullosos e invencibles en la espiral destructiva de una sociedad que desconocía su fragilidad. En esa época, ignorábamos de manera deliberada las crónicas de muerte proyectadas en el televisor que coronaba el restaurante de corrientazo, a la par de los movimientos furiosos de la cuchara entre los vapores soperos. Ahora el restaurante de corrientazo ha cerrado y nuestros ojos luchan por formar una imagen más o menos clara a través de lentes empañados por los vapores expelidos por la máscara. Esa máscara que de impensable se convirtió en indispensable.

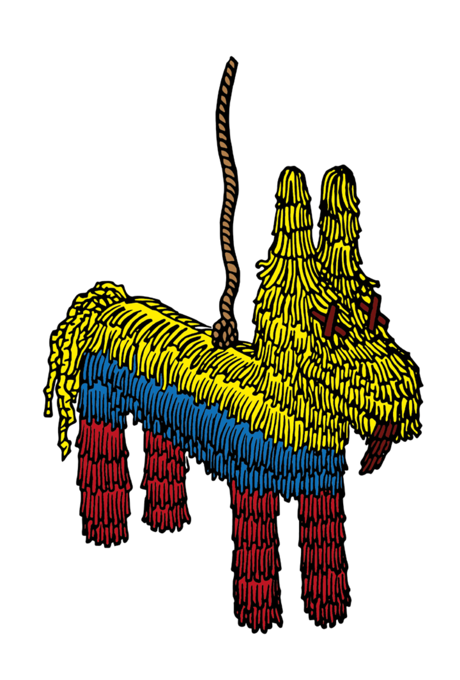
Esa máscara que sepultó sonrisas y que volvió anónimo al amigo así cruzara por nuestro lado. Esa máscara que privó de afectos las calles tapizadas por letreros de "se vende" o "arrienda". Prisioneros de nuestros propios hogares y guardando duelos internos por ese pequeño templo personal de nuestros rituales cotidianos y que ha desaparecido para siempre. Sentados, acumulando incertidumbre y capas adiposas en la panza y en la mente. El silencio es tal que sólo se oye nuestra propia voz quejumbrosa en la cámara de eco digital personalizada, donde todos conocen tu nombre y comparten tu idiotez.

Como toda crisis, la pandemia ha revolcado la sociedad mostrándonos nuestras miserias en el proceso. Algunas personas se vieron abocadas a penurias no planeadas. Otras sobreviven, acomodan, reducen y renuncian a lo que estaban acostumbradas. Algunas otras tenemos el privilegio de trabajar desde casa. De pasar largas jornadas "moliendo" frente a pantallas gesticulantes y audiencias desinteresadas. Desmitificando a golpe de teclas la absoluta perfección de una virtualidad que se desvanece entre el sopor y el cansancio. Íconos y notificaciones antes anhelados aparecen como luminosos instrumentos de tortura pixelados, en el nuevo mercado que dictamina la renovación como mantra. Todos intercomunicados en un bazar global que conduce al agotamiento mientras algún publicista, imbécil aspirante, informará en la sesión de teletrabajo: "esto ha sido una gran oportunidad, nos adaptamos y vendemos más".

Curva de muertes en ascenso y arcas de explotadores engordando. Estos señores de las nubes urden sus planes de dominio sobre un gran feudo que agoniza, mientras sus sueños húmedos se fijan en Marte o en otras fantasías escapistas, más fáciles de concebir que ayudar al que vive en el propio planeta… esos astronautas se ven tan "chic" con sus trajes de diseño. Esos drones sonrientes te llevarán la pizza sin que tengas que salir al exterior contaminado en ese futuro furioso donde la fuerza de trabajo migrante ya será inútil, a menos que quieras venir a empacar chucherías en mi gran bodega. Sin dignidad pero con empleo, peón de una economía acelerada que acelera lágrimas y mierda que no alcanza a ser evacuada en los descansos inexistentes. Pero eso sí, no se te olvide que el pañal que recibes hay que descontarlo de tu sueldo porque está fabricado con la misma tela experimental del traje de los astronautas. Agradece que te doy empleo en pandemia, paga y calla que he puesto la revolución 4.0 en tu culo.

Como una noria televisiva que produce vómito, cada día con puntualidad a la hora de la bestia, la imagen del tirano local se transmite obligatoriamente en las pantallas. Con la mirada intenta un ademán compasivo que se contradice con los cachetes a los que les exuda abundancia mal habida. Inepto, le dicen y tal vez lo sea. Pero es hábil mandadero de los poderosos, que en una corrupción viral completan el ciclo vicioso de: *pon muñeco, compra leyes que te permitan acumular más para comprar más muñecos que se sienten en el solio de Bolívar, aquel que reposa sobre cráneos humanos. Sobre cadáveres.* Aquellos cadáveres de los presos de una noche fatídica de inicios de pandemia, celebrada por descerebrados. Aquellos cadáveres de personas calcinadas ante la mirada cómplice de la policía. Aquellos cadáveres de los que simplemente salieron a protestar por la injusticia.

Ciudadano de a pie, líder social, más que el virus te mata la indiferencia. De seguro la complicidad se transmitirá más rápido por las antenas 5G que instalan mientras estamos confinados, o por el chip que nos instalarán con la vacuna cortesía del vejete Bill Gates, nuestro gurú personal en época de pandemia. La democracia representativa se retuerce en manos manchadas de sangre. Manos que condenan al que compra el cartón de tripi pero que están prestas para comprar el cartón de Harvard. Ese en donde se certifica con pergaminos económicos que, por absurdo que parezca, en cuanto a salud, comprar armas es más benéfico que comprar medicinas. Claro está, para los bolsillos de ellos.



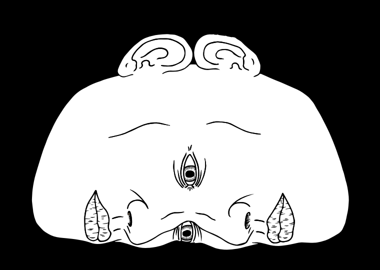
Párrafos torpemente hilados. Meta-reflexión sobre ese otro virus que es el lenguaje y pretende encapsular el otro virus que nos corroe. A un año del inicio del apocalipsis, esta se arrastra con la convicción con la que ahora se desinfectan las cosas. Todo y nada ha cambiado en la caja de concreto que contiene nuestros cuerpos. En la caja de resonancia que contiene nuestras mentes, donde la mentira se replica con pasmosa velocidad. Una caminata renueva la fe en la humanidad porque trae nuevos pensamientos. Visiones de lo que habrá más allá de la pesadilla y que se repiten en insistente bucle como en trenza de material genético. ¿Qué queremos? ¿qué soñamos? ¿Hacemos caso a la señal de alarma?

Ya lo decidiremos en esa fiesta de reencuentro que tanto anhelamos. 


MÁS DE
6.402
RAZONES
PARA USAR
*19% DTO.
TECA
KITA
INDIFERENCIA
DESINFECTANTE
MATA
99%
CORRUPCIÓN
Efectivo para
limpiar la indiferencia
y quitar la corrupción
de sus pezuñas



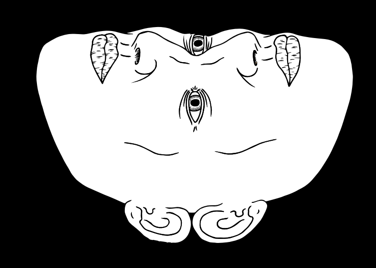
Elogio a la Improductividad.
Para, respeta tus tiempos, celebra el descanso.



Luto Nacional

01-05-2021

En memoria de
las personas asesinadas
por la fuerza pública colombiana
en el marco de las protestas
y el paro nacional.




NEFIERA